

DIOS TRINO, SEÑOR DE LA HISTORIA

José Luis ILLANES

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos; pues en El nos eligió antes de la creación del mundo (...); nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad (...); por él, mediante su sangre, nos es dada la redención, el perdón de los pecados (...). Nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que se había propuesto realizar mediante El y llevarlo a cabo en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra»¹.

LÍNEAS GENERALES DE LA VISIÓN CRISTIANA DE LA HISTORIA

Las palabras del gran himno de la carta a los Efesios, que acabamos de citar nos sitúan —al igual que otros textos apostólicos²— ante lo que podemos calificar como núcleo de la visión cristiana de la historia, y, más concretamente, ante sus dos coordenadas fundamentales:

a) la afirmación de un comienzo y un final absolutos, es decir, la creación del universo en el comienzo de los tiempos, más aún, dando con su aparecer comienzo a los tiempos, y la consumación final, en la que el hombre, y el universo con él, serán introducidos en una plenitud definitiva;

b) la afirmación, a la vez, de un centro de los tiempos, Cristo Jesús, en quien se revelan conjunta e inseparablemente el misterio de Dios y el sentido de la historia.

1. Ef 1, 3-10.

2. Cfr., especialmente, Col 1, 11-20; 1 P 1, 3-9.

En Cristo, en su vida, en sus palabras, en su muerte y en su resurrección conocemos, en efecto:

- que Dios es plena y absolutamente el Dios vivo, un abismo insondable de riqueza y de amor, en un eterno, incesante y mutuo entregarse de Padre, Hijo y Espíritu;
- que ese Dios vivo llama al hombre a participar de su vivir: que el amor que el Padre entrega al Hijo y que el Hijo recibe del Padre y lo devuelve a El, amándose ambos en el Espíritu, se prolonga, por así decir, *fuera de Dios*, dando origen al mundo, derramándose sobre el hombre, que queda así incorporado al vivir de Dios.

La historia no es, en suma, sino el fruto y la manifestación de una «corriente trinitaria de amor por los hombres»³:

- de una corriente de amor, ya que el universo no surge de la necesidad, sino del amor libre de Dios que, ansiando comunicarse, da el ser a las criaturas, y, en consecuencia se abre al amor, a la unión en la que el amor se consuma;
- de una corriente no sólo divina sino formal y expresamente trinitaria, porque el amor que hace surgir y sostiene al universo es el amor que fluye de Dios Padre, principio del vivir trinitario, y se comunica por obra del Hijo y del Espíritu, que, haciéndose presentes en la historia, transforman a la humanidad y al universo entero como desde dentro, conduciéndolo así hasta esa meta que es Dios Padre.

De ahí que Juan Pablo II en uno de sus escritos más directamente dirigidos a tratar del valor y sentido de la historia, la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, haya podido decir que «en Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que es en sí mismo eterno»⁴. Dios, en sí mismo eterno, trascendente al tiempo y al devenir, no sólo da origen, con la creación, a los tiempos, sino que se hace El mismo presente en el tiempo, comunicándose en el tiempo y en la historia a la humanidad.

3. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 85.

4. Carta ap. *Tertio millennio adveniente*, n. 10; para un análisis de ese documento, puede verse lo que hemos escrito en *Tiempo histórico y «edad del Espíritu». Reflexiones a la luz de la «Tertio millennio adveniente»*, en AA.VV., *El Espíritu, memoria y testimonio de Cristo. A propósito de la «Tertio millennio adveniente»* (Actas del IX Simposio de Teología Histórica), Valencia 1997, pp. 427-435

Parafraseando esa frase del Papa —más concretamente, invirtiéndola— podemos dar un paso más y decir que «en Jesucristo, Verbo encarnado, Dios, en sí mismo eterno, llega a ser una dimensión del tiempo». El tiempo, situado ante Dios y transido por su presencia, no es un simple transcurrir de segundos, minutos y horas, sino un devenir marcado por la eternidad y, en consecuencia, no mero devenir, sino apertura a la plenitud, mejor, anticipación real, aunque en embrión o en arras, de la plenitud. La historia no es un simple sucederse de acontecimientos transitorios y perecederos, sino momento en el que tiene lugar el encuentro entre el hombre y Dios, más aún, la comunicación de Dios al hombre y, en él, al mundo.

El universo es distinto de Dios, que trasciende por entero al mundo, sin identificarse en ningún momento con él. Pero a la vez es cierto que Dios está presente en el mundo y que el mundo está en Dios: no estamos *fuera* de Dios, sino en Dios, la historia no acontece *fuera* de Dios, sino en Dios, viniendo de El, estando en todo momento siendo vivificada por El y ordenada a la plenitud de unión con El. Hay por eso, *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros (a cada hombre y a cada mujer) descubrir»⁵.

LA REALIDAD TRINITARIA, FUNDAMENTO DE LA HISTORIA

Las afirmaciones que acabamos de asentar, y la referencia al substrato divino del acontecer que contienen, han de ser entendidas formalmente y, por tanto, con un sentido y un alcance plena y radicalmente trinitarios. Lo que el mensaje cristiano proclama no es una remisión de la historia a Dios genéricamente considerado, sino a Dios en su vivir concreto y, por tanto, en su Trinidad. Lo subraya, en texto que evoca el himno a los Efesios con el que comenzábamos, el *Catecismo de la Iglesia Católica*. «Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo», afirma, para añadir inmediatamente después: «Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada. Tal es el “designio benevolente” que concibió antes de la creación del mundo» y que «se despliega en la obra de la

5. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, n. 114.

creación, en toda la historia de la salvación posterior a la caída, en las misiones del Hijo y del Espíritu, cuya prolongación es la misión de la Iglesia»⁶.

El universo, en su origen y en su desarrollo, es obra de Dios Uno y Trino. Más concretamente, obra de la Trinidad, es decir, de Dios en cuanto que es inseparablemente Uno y Trino: unidad y trinidad de Dios se reflejan en la obra de la creación. El lenguaje bíblico y el patrístico son, a ese respecto, claros, aunque, más cerca de nosotros, algunos filones de la escolástica, preocupados legítimamente por salvaguardar la trascendencia divina, pero lastrados por un fuerte esencialismo, limitaron su alcance reinterpretando los textos a la luz de una aplicación unilateral del principio según el cual las obras *ad extra*, o sea, las obras de la creación, son comunes a toda la Trinidad. De ahí que refirieran el universo ciertamente a Dios pero considerado, al menos por lo que al momento originante se refiere, en la unidad de su esencia y no, propiamente, en su Trinidad.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* conoce bien esos avatares teológicos, y se distancia de ellos. Así el número siguiente al recién citado sale al paso de interpretaciones minimalistas, mediante dos afirmaciones que se complementan:

- «Toda la economía divina es a obra común de las tres personas divinas. Porque la Trinidad, del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación»;
- «Sin embargo, cada persona divina realiza la obra común según su propiedad personal. Así la Iglesia confiesa, siguiendo el Nuevo Testamento (cfr. 1 Co 8, 6): “uno es Dios y Padre de quien proceden todas las cosas, un solo el Señor Jesucristo por el cual son todas las cosas, y uno el Espíritu Santo en quien son todas las cosas”»⁷.

En suma, así como el Padre comunica su vida al Hijo y ambos, amándose, la comunican al Espíritu Santo, así todas las cosas

6. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 257: la expresión «designio benevolente» proviene de Ef 1, 9.

7. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 258; el texto neotestamentario que cita está tomado de 1 Co 8, 6, tal y como fue releído por el Concilio II de Constantinopla (DS 421); la Carta a los Corintios habla, en efecto, sólo del Padre y de Cristo, el Concilio Constantinopolitano completó el pasaje introduciendo una referencia explícita al Espíritu Santo.

vienen de Dios Padre y se encaminan hacia Dios Padre, «fuente y origen» de la Trinidad y de toda realidad, por el Hijo y en el Espíritu. Por eso la realidad creada, aun en la infinita distancia que le distingue de Dios, lo da a conocer, nos habla de El, está llena de huellas y vestigios de la unidad y trinidad de Dios. Huellas y vestigios, ciertamente, en claroscuro, y necesitados por ello de la palabra de la revelación para ser no sólo entrevistados sino captados en plenitud, pero no por ello menos reales.

«Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible». En el primer artículo del Credo que acabamos de citar, la creación es enunciada en referencia a Dios Padre, atribuyéndole y apropiándole el acto en virtud del cual vienen a la existencia la totalidad de los seres, y, de esa forma, manifestando y subrayando la fontalidad absoluta que le corresponde en la *taxis* u orden trinitaria, la realidad de que el Padre, siendo principio sin principio, no recibe el poder de otro, sino que lo tiene en sí y por sí como fuente primera y primordial. Pero ello no excluye, sino que al contrario presupone, que ese poder sea comunicado por el Padre al Hijo y al Espíritu, fuente, conjunta e inseparablemente con el Padre, del acto creador.

«La Trinidad es una fuerza totalmente creativa y conformadora. Es igual a sí misma e indivisible por naturaleza, y su actividad no es más que una. Pues el Padre lo hace todo por el Logos en el Espíritu Santo», dejó escrito San Atanasio⁸, acuñando un modo de hablar en el que el juego con las proposiciones «por» y «en» ayudan a expresar y entender de algún modo —con la limitación que es posible a una inteligencia finita como la humana— la realidad insondable de la comunicación de la vida y la actividad en Dios. En esa línea, la tradición teológica posterior ha referido el único e indivisible acto creador a cada una de las tres Personas, subrayando en cada caso diversos aspectos o formalidades, para reflejar de esa forma tanto la unidad como el orden de la Trinidad, tanto la unidad de la esencia como la distinción de las Personas: al Padre, en cuanto manifestación de poder; al Verbo en cuanto expresión de inteligencia y sabiduría; al Espíritu en cuanto revelación de amor.

Expresándonos con un lenguaje dinámico podemos decir que la creación proviene del amor fontal de Dios Padre, que realiza su

8. S. ATANASIO, *Carta I a Serapión*, n. 28 (PG 26. 595).

designio por el Hijo en quien se expresa la infinita e inagotable imitabilidad de Dios, y en el Espíritu Santo, amor y don personificados, hechos Persona, en quien se fundamenta, por tanto, toda ulterior comunicación de la infinita bondad de Dios. Dios Padre, en suma, realiza la obra de la creación por el Hijo y el Espíritu que son, según la expresión tantas veces citada de San Ireneo, como «sus manos»⁹. Y ello sin distancia o separación alguna, ya que el Padre está siempre en el Hijo y en el Espíritu, así como el Hijo y el Espíritu están en el Padre y uno en el otro, teniéndolo todo en común y realizándolo todo en común. La creación entera surge —está constantemente surgiendo— del Padre por el Hijo y en el Espíritu, así como está constantemente siendo llevada por el Hijo y en el Espíritu hacia Dios Padre.

Se alude con frecuencia a Joaquín de Fiore poniéndolo como ejemplo de una presentación o interpretación trinitaria de la historia. Es innegable el influjo que ejerció en su pensamiento el dogma trinitario, pero también lo es que tiende a una dilatación de la Trinidad en el tiempo (edad del Padre, edad del Hijo, edad del Espíritu), en la que se corre el riesgo de dejar en segundo plano la unidad de la Trinidad e incluso, como se puso de relieve en Hegel, el de imanentizar a Dios en la historia¹⁰. La fundamentación trinitaria debe, a nuestro juicio, proceder más bien por otra vía: la que acabamos de enunciar, es decir, la reconducción de la creación, y por tanto de todo momento del acontecer, al vivir de la Trinidad.

No olvidemos, en efecto, que la creación dice referencia no sólo a un origen sino a un proceso. El universo no se despliega a través de una serie infinita de ciclos que eternamente se repiten, sino en virtud de un único ciclo, de un único sucederse de los tiempos queridos por Dios con vistas a un fin, a una meta: la plenitud de los cielos. De ahí que implique no sólo evolución, trans-

9. S. IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, 4, 20, 1 (Ed. de A. ROUSSEAU y otros, *Sources chrétiennes*, vol. 100, París 1965, pp. 626-627).

10. Para un estudio más detenido del pensamiento de Joaquín de Fiore y sus implicaciones, pueden consultarse, entre la amplia bibliografía, H. DE LUBAC, *La postérité spirituelle de Joachim de Fiore*, 2 vols., París 1979-1981; J. RATZINGER, *San Buenaventura. La teología della storia*, Florencia 1991 (trad. realizada sobre la edición americana de 1969, que revisa la original alemana de 1959); J.I. SARANYANA-A. DE ZABALLA, *Joaquín de Fiore y América*, Pamplona 1992.

formaciones, sino historia. La distinción entre el origen o comienzo y el fin o meta, es decisiva, pero conviene subrayar a la vez que no son separables. Más aún, que, si nos situamos en Dios y en su acto creador, hay que afirmar que el fin antecede al origen. Dios crea con vistas a un fin, es decir, crea el universo en orden a un fin. Mejor, porque quiere el fin, crea el mundo; porque quiere el reino de los cielos, la gran familia de hijos de Dios que vivirá en plenitud durante toda la eternidad, ha querido el universo con todo cuanto lo integra.

Y no sólo lo ha querido sino que lo mantiene en el ser y lo gobierna orientándolo y dirigiéndolo hacia la meta a la que lo ha destinado. Encontramos así la noción cristiana de providencia, que implica no sólo que Dios dota al mundo de un orden y de unas leyes, sino que se hace presente en él de forma directa e inmediata, interviniendo en él con suprema y absoluta libertad en orden a la efectiva realización de su designio de amor, de su decisión de comunicarse al hombre y llevarlo a la intimidad con El.

Ese gobierno es, como todo lo divino, trinitario: el Padre gobierna y dirige al mundo en virtud de su amor infinito, atrayéndolo hacia sí por el Hijo y en el Espíritu Santo, sus «dos manos». Estas afirmaciones, de algún modo genéricas, se dotan de ulterior contenido si recordamos que la meta a la que todo se encamina es precisamente la comunicación de Dios Trino al hombre. Y que esa comunicación no sólo se anuncia sino que se anticipa. «Tanto amó Dios al mundo —leemos en el Evangelio según San Juan—, que le entregó a su Hijo unigénito, para que todo el crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna; pues Dios envió su Hijo al mundo, no para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El»¹¹. Y más adelante, en el mismo Evangelio y en labios de Cristo, «yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador (...). El Espíritu Santo que el Padre os enviará en mi nombre ...»¹².

En esos textos se contiene la substancia de la doctrina sobre las misiones, que no es necesario exponer aquí, pero de la que puede ser útil ofrecer un brevísimo esbozo:

11. Jn 3, 16-17.

12. Jn 14, 16 y 26.

a) en ambos textos —y en sus paralelos— se habla de envío del Hijo por parte del Padre, y del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo; las misiones son, en suma, dos: la del Hijo, que asumiendo nuestra naturaleza nos eleva, salva y redime; la del Espíritu, que actuando en la Iglesia y en los corazones, incorpora a Cristo y, en Cristo, une a Dios Padre;

b) las misiones constituyen como una prolongación en el mundo creado de las procesiones intratinitarias; precisamente por eso son dos, ya que sólo quien procede, el Hijo y el Espíritu, pueden ser enviados, aunque aquél que en última instancia envía, es decir, el Padre, siendo inseparable de los enviados, se da conjuntamente con ellos.

Las misiones se sitúan en el centro mismo del designio salvífico de Dios. El Padre envía al mundo al Hijo y al Espíritu y, enviándolos, los da a los hombres y se da El mismo. En virtud de las misiones se establece, en suma, una relación íntima y misteriosa entre el hombre, cada hombre, y la Trinidad. La Trinidad sale de sí, o, por mejor decir, atrae hacia sí, incorpora a su vivir. El hombre, cada hombre, es introducido en la vida divina, hecho hijo de Dios Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Y la totalidad de la historia se presenta como el proceso a través del cual Dios, comunicándose a cada hombre, va edificando en y través del tiempo la plenitud que, anticipada en la historia, se desvelará por entero en la escatología, cuando el tiempo, consumado su periplo, se funda con la eternidad.

DRAMATICIDAD DE LA HISTORIA Y AMOR PATERNAL DE DIOS

«Dios es el Señor soberano de su designio. Pero para su realización se sirve del concurso de las criaturas. Esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios Todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio»¹³.

13. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 306.

Estas palabras del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que ponen de relieve Dios no es un ser envidioso, ni despótico, sino un padre amoroso que se goza con la libertad y creatividad de sus hijos, nos permiten a la vez asomarnos, entendiéndolo de algún modo, al tremendo problema del mal, del dolor, de la muerte, del pecado y, en consecuencia, a lo que cabe calificar como dimensión dramática, e incluso trágica, del acontecer histórico.

La realidad del mal puede ser presentada, y de hecho es presentada con frecuencia, como dificultad frente a la afirmación, substancial al dogma cristiano, tanto de la omnipotencia de Dios como de su bondad, más aún, de su amor paternal: si Dios es padre, ¿por qué no ha creado un mundo en el que el mal no exista?

La simple enunciación de esa pregunta, reclama, ante todo, una observación previa. El mal constituye un misterio, una realidad cuya dureza no se disuelve exclusivamente con argumentos racionales, aunque éstos tengan su papel. Una realidad que puede, en consecuencia, ser no ya superada —pues no se trata aquí de superación—, sino integrada a nivel existencial, más concretamente, en la fe y en la confianza en un amor que se reconoce más fuerte que el dolor y que la muerte, más aún, que se comunica y en el se entra incluso a través del dolor y de la muerte.

El universo, el conjunto de seres que nos rodean y del que formamos parte, implica no sólo variedad, sino riqueza, pero a la vez insuficiencia y limitación. Y la implica necesariamente. Más aún, insuperablemente, al menos desde el universo mismo. A ese nivel, como ya advirtiera el estoicismo, no cabe más actitud que la aceptación resignada de lo que acontece. La limitación que testifica la realidad circundante sólo se supera desde más allá de ella misma, es decir, desde Dios, y, más concretamente, desde un Dios que, siendo Padre, nos llama, en el Hijo y en el Espíritu Santo, a participar de su propia plenitud.

Ese Dios que creó el universo y que llama a participar en El, no quiere esclavos, ni marionetas, sino hijos. De ahí que quiera un mundo en el que hay verdaderas acciones, verdadera libertad, verdadera historia; y esto implica, como reverso —no querido, pero sí permitido por Dios—, el mal, incluso el mal supremo del pecado. El amor de Dios hacia las criaturas, su amor infinito y a la vez cordial, paterno y materno a la vez, se manifiesta no en la anulación de las libertades, sino en su integración en un proceso

de salvación. En el hecho de que, habiendo sido ofendido, vengza con su amor y su perdón al pecado.

La Cruz entendida en su plenitud —entrega del Hijo a la muerte por amor al Padre y a los hombres, desde la que se difunde el Espíritu— constituye la manifestación suprema, máxima, tanto del amor divino como de la seriedad con que Dios valora la creación. Dios no desconoce el pecado, sino que, haciéndose hombre, asumiendo en el Hijo la naturaleza humana y su historia, lo destruye con un acto de amor que lo supera y, en consecuencia, lo borra y aniquila.

Ese amor —insistamos en ello— tiene, como todo acto divino, estructura trinitaria:

- en su raíz está el amor fontal del Padre que, herido por el pecado, busca nuestra liberación;
- eco de ese amor fontal del Padre es el amor del Hijo que, haciendo suya la condición humana, asume la muerte, castigo del pecado, ofreciendo así al Padre, en nombre de la humanidad, concentrada en El, un acto de infinito amor;
- fruto de ese amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre y de ambos al hombre, es el envío del Espíritu Santo, que fluye de la Cruz sobre la entera humanidad.

La respuesta última al problema del mal consiste, por eso, en remitir a la Cruz, en la que se nos manifiesta un amor divino y, en consecuencia, insondable, infinito y eterno, más fuerte que el dolor y que la muerte; más aún, que la misma temporalidad. Todo ello sin olvidar que la Cruz no es un añadido a la creación, un recurso al que Dios acude una vez que ha acontecido el pecado, como si la falibilidad y la pecaminosidad humana le sorprendieran y alteraran sus planes. Dios no es temporal, sino eterno: desde toda la eternidad ha conocido la posibilidad y la realidad del pecado y desde toda la eternidad, antes de que aconteciera, lo ha perdonado. El amor infinito de Dios Padre hacia los hombres, que se manifiesta en la Cruz, rige toda la creación desde su inicio, como amor ofrecido y otorgado más allá del pecado, venciendo al pecado.

Ese amor infinito del Padre, que constituye el, por así decir, substrato último de la historia, se dirige a la vez y con toda su in-

finita intensidad tanto al conjunto de la humanidad como a cada hombre. Dios Padre ama no a una humanidad genérica y despersonalizada, sino integrada por seres concretos, a los que conoce por su nombre. Dios ama a cada hombre y a cada mujer. A cada uno le otorga la vida. Por cada uno envía a su Hijo a la Cruz. A cada uno le comunica al Espíritu. A cada uno lo llama a una comunicación eterna y aspira a introducirlo, ya desde ahora, durante el tiempo, en su intimidad.

Esa dimensión personalizada y personalizante del amor divino dice referencia a la totalidad del existir. El creyente, el hombre de fe, puede pues vivenciarla en los contextos y situaciones más diversas. Pero tal vez de modo especial, y en coherencia con todo lo dicho, en la experiencia del perdón. El perdón supone en efecto verse reconocido como un yo, ciertamente decaído —el pecado implica vaciamiento, desvinculación respecto de la fuente del propio ser—, pero no negado, sino, al contrario, afirmado, amado, incluso en el mismo momento de la negatividad, para liberarlo de ella y devolverlo a la primitiva dignidad, más aún, para conducirlo, a través de la recepción del perdón ofrecido, a una nueva y más plena comunión. El anuncio y la experiencia del perdón constituye, por eso, pieza clave, punto esencial de referencia en la comprensión cristiana y trinitaria de la historia, momento supremo del reconocerse del hombre objeto del amor de Dios, del ser introducido por la acción del Hijo y del Espíritu en esa comunión con Dios Padre que dota de sentido último y definitivo al acontecer.

Podemos por eso concluir estas reflexiones sobre el sentido cristiano de la historia citando unas frases pronunciadas por el Beato Josemaría Escrivá con ocasión de una de las reuniones que catequesis que tuvieron lugar durante su viaje por tierras de España y Portugal durante el otoño de 1972, y en las que, con el tono a la vez sencillo e íntimo propio de una reunión de ese tipo, esboza toda una visión de la historia, y más concretamente de la historia en cuanto historia marcada por el amor con el que el Padre, el Hijo y del Espíritu, otorgándonos su perdón, nos introducen en su vida. «Nos pasábamos —fueron sus palabras— delante de la grandeza de Dios Creador, que de la nada ha sacado todas las cosas. Nos volvíamos a sobrecoger delante de Dios Redentor, que viene a salvar a la humanidad con tanto amor, que se deja encla-

var en la Cruz (...). Y finalmente nos fijamos en el Dios que perdona [a cada alma concreta en el sacramento de la confesión]... Y entonces ya es la locura: ¡un Dios que perdona!, que perdona más que todas las madres y que todos los padres juntos perdonan a sus hijos. A mí me enamora, me encanta. ¡Me quedo removido! Un Dios que perdona es padre y madre cien veces, mil veces, infinitas veces».

Un Dios así es el que se desvela en el mensaje cristiano y el que, más allá de deficiencias personales, sostiene el vivir de la Iglesia y, en ella, se ofrece a la humanidad.